

El cuento de la pintura.

Por: Thierry de Duve
Traducción: Bernardo Ortiz

Tomado de:
Pictorial Nominalism, University
of Minnesota Press 1987.

HABÍA UNA VEZ dos amigos, Andrés y Bernabé. Andrés y Bernabé eran pintores. Vivían en la misma ciudad y se juntaban con frecuencia. Andrés era un poco mayor que Bernabé y se consideraba como una suerte de hermano mayor para su amigo. Bernabé gustaba de mostrarle su trabajo en curso a Andrés, y Andrés siempre estaba presto a procurarle buen consejo. Andrés también consultaba regularmente a Bernabé, aunque siempre estaba dispuesto a escucharlo, rara vez seguía sus sugerencias. Ambos amigos pasaban incontables horas en los cafés de la ciudad o en sus talleres discutiendo sobre pintura.

Sucedía, que desde hacía un tiempo, Andrés pasaba por una de esas épocas de intensa latencia que preceden o siguen a una fase creativa. Había parado de trabajar en un grupo de pinturas —prefería llamarlas “grupos” en lugar de “series”— justo cuando su inspiración se había agotado, y esperaba aquietadamente, aunque no sin cierta incomodidad, que en su imaginación tomara forma el próximo grupo. Afectado por la febrilidad interna propia de aquellos que, sin un proyecto en mente, esperan eventos que abran el camino, percibió la inminencia del momento en que tendría que retomar sus pinceles. Había ordenado un gran bastidor cuadrado, de dos por dos metros, con un bello lienzo de lona gruesa de algodón. El formato cuadrado le era inusual, y pocas veces tenía el coraje para enfrentar una pintura de ese tamaño. Sin embargo, se sentía seguro. Dada la perfecta simetría y las dimensiones del formato, todo estaba abierto, todo era posible. Esperaría a que llegara el momento y, entonces, todo lo que le quedaría por hacer sería arrojarle, pincel en mano, a este ruedo que parecía demasiado grande para su cuerpo.

El lienzo, empacado en papel kraft, llegó tarde. “Ahora sí,” se dijo Andrés, y, aunque sabía que no pintaría esa tarde, no podía contener su impaciencia. El taller estaba listo. El lado sur, opuesto a un gran ventanal, había sido despejado: el caballete que sostendría el lienzo estaba listo y a la izquierda, en la mesa larga, todos los potes de pintura estaban alineados, cerrados pero dispuestos a ser abiertos al primer impulso. No obstante la media luz, Andrés quería desempacar inmediatamente el lienzo. Se resistió al impulso de romper la envoltura. Lo desempacó metódicamente con un bisturí.

El lienzo emergió, inmaculado. Lo que Andrés sintió difícilmente se puede traducir en palabras. Era como si el lienzo, descansando en unas cuñas, pidiera clemencia mientras los potes de pintura, en la mesa, esperaban impacientes. El lienzo ganó. ¿No era, de todos modos, tarde para pintar? Andrés pensó que tal vez vería mejor las cosas en la mañana, y, para exhibirlo ventajosamente, colgó el lienzo en los dos ganchos que había alistado anticipadamente para el momento en que contemplaría, gozoso, la obra terminada.

Andrés no durmió bien esa noche. El combate entre el lienzo y los potes de pintura se prolongó a sus sueños. Muy temprano en la mañana entró al taller con la firme intención de destapar, sin mas planes, un tubo nuevo de rojo —el rojo era el color fetiche con el que siempre y sin excepción empezaba sus pinturas. El lienzo virgen todavía estaba en la pared. En la difusa luz matinal la trama del tejido parecía borrosa, la lona parecía estirada como una piel translúcida, el bastidor proyectaba una sombra nítida en la pared. El lienzo parecía flotar. Una vez mas, Andrés se sintió sobrecogido por la misma sensación de la noche anterior, pero esta vez era más fuerte y aún más inexplicable. Nunca antes había visto un espectáculo tan desenfadado como este, pero su desenfado era tan discreto y tan potente que Andrés quedó enmudecido, con el corazón desbocado y las rodillas temblorosas, como cualquier hombre viendo a su prometida desnuda por primera vez. Andrés se pasó el día entero ya sentado frente al lienzo, mas sumido en la reflexión que postrado, ya parándose repentinamente, dándole la espalda, caminando compulsivamente en dirección opuesta, solo para voltearse nerviosamente y desafiar la belleza mirándola directo a los ojos, por así decirlo. Cientos de veces estuvo a punto de tomar los pinceles, abrir el tubo de rojo fatal, y entregarse, con la cabeza gacha a una desfloración irremediable. En una ocasión, ya cerca del agotamiento, se dijo “prepararé una base en sanguina, como Giorgione”, pero desechó la idea por pueril. Al final, pensó que estaba alucinando, pues veía pinturas perfectamente terminadas, proyectadas una tras otra, cada una más bella que la anterior, en esa pantalla que lo engatusaba. Finalmente domó la pantalla, que dejó de ser pantalla y se convirtió otra vez en un lienzo. Como contenía, en su estado virtual, pinturas y más pinturas, más bellas que las que podría alguna vez pintar, decidió dejarla tal cual. Como una virgen era, y se quedaría así: prometida. Con calma y determinación, abrió el tubo de rojo, descolgó el lienzo y, sosteniendo, con mano firme, un pincel pequeñísimo lo firmó y fechó en el reverso.

A la mañana siguiente, Andrés llamó a su amigo Bernabé. “¿Puedes venir al taller? Acabo de terminar una pintura y me gustaría que la vieras.” “Claro,” dijo Bernabé, siempre orgulloso de que su amigo quisiera mostrarle su trabajo antes que a todo el mundo. Bernabé se apareció en la tarde. Entendió inmediatamente y, no obstante su usual elocuencia, no encontró que decir. Pidió una silla y buscó un paquete de cigarrillos. “Vaya, vaya,” dijo,

casi turbado, “realmente te atreviste.” Andrés tampoco dijo nada. No había nada que decir. Sonreía y miraba a Bernabé mirando el lienzo, que se tornaba más luminoso en la luz de la tarde. Finalmente, sintiéndose un poco estúpido, Bernabé preguntó, “¿Le has puesto un título?” “Oh, no lo había pensado”, replicó Andrés. Pasaron unos segundos. “Lo llamare Promesa”. “Está bien,” dijo Bernabé, tratando de no mostrar su preocupación. “Debo irme. Buenas noches, Andrés.” “Buenas noches, Bernabé.” Esa noche Andrés durmió como un bebé.

Bernabé, por el contrario, no durmió. Conocía muy bien lo que sentía su amigo: ¿cuántas veces no había temblado de miedo él mismo en el momento en que le daba la primera pincelada a un lienzo? ¿cuántas veces no se había dicho, “es tan bello así, qué tal si lo arruino?” Pero ¿cuántas veces no se había sobrepuesto? Nunca había tenido remordimientos, ni siquiera cuando había destruido un lienzo que requería diez pinceladas menos, y no una más. Y, con todo: Andrés se había atrevido. Tanto entendió Bernabé lo que había sucedido a su amigo, que le reprochaba haber llegado a esa solución primero. Eran los celos, y la rabia consigo por sentir celos, lo que lo mantuvo despierto esa noche. La mañana siguiente fue peor. Todo el día, caminó por su taller como un león enjaulado, y dio rienda suelta a su ira. En su soledad, insultaba al hombre que el día anterior consideraba su mejor amigo. “¡Gracias, Andrés, gracias! ¿Qué quieres que haga ahora? ¿Porqué tuviste que mostrármelo hijoputa?!”. A su alrededor, todo estaba enredado, también sus pinturas, aún las más recientes, de las que había estado tan orgulloso. Ya no eran diez pinceladas de más, eran cien. Mil. Nunca debió haber empezado, nunca debió haberlas pintado. Las odiaba todas, y, para preservar su salud mental, hacia el final de la tarde, empezó a limpiar el taller de arriba abajo. Guardó todas las pinturas en un depósito, de cara a la pared, como si repudiarlas fuera un acto voluntario y punitivo.

Por el resto de esa semana, Bernabé permaneció vagando como un desposeído por su taller vacío. Tenía que empezar a pintar otra vez, pero el lienzo virgen de Andrés le seguía por doquier. Una y otra vez se dijo, “yo también he tenido ese shock, ¡muchas veces!, debí hacer lo mismo, ¡lo debí hacer antes que él!” Odiaba a su amigo por ser más rápido, valiente o simplemente más honesto que él. Pero era su amigo, y no era su culpa. Tal vez su amigo le había ayudado. No era la primera vez que Andrés, quién llevaba más años que él en el peligroso ejercicio de la pintura, le mostraba un camino. Así que, durante esa dura semana, llegó poco a poco a la única respuesta capaz, tal vez no de reconciliar sus sentimientos confusos, pero si, al menos, de restablecer un cierto equilibrio. ¿Si Andrés se había atrevido a firmar un lienzo virgen, por qué no lo podría hacer él, Bernabé? Si había experimentado la misma emoción, el gesto no podría ser menos auténtico. De cualquier manera, estaba contra la pared y sólo un exorcismo poderoso podría romper el

hechizo malvado del lienzo de Andrés. Bernabé se convencía cada vez más de esa solución. Al poco tiempo, las únicas decisiones por tomar eran técnicas, lo que quería decir que se encontraba en un terreno familiar, enfrentado, como cualquier pintor, a la escogencia de materiales.

Le tomó a Bernabé otra semana para confirmar su decisión y producir un lienzo virgen que firmaría sin sonrojarse. En su taller vacío, —había dejado atrás, de una vez por todas, su trabajo anterior— pasó un buen tiempo ponderando sobre las decisiones elementales, y por eso mismo trascendentales, que debía tomar: ¿qué tipo de lienzo?, ¿qué formato?, ¿qué tamaño? A diferencia de Andrés, Bernabé trabajaba casi siempre en lienzos de lino. Había estado experimentando con varios tipos de lino que había encargado en Flandes, encantado por sus connotaciones históricas. Su tela favorita era ligera, pero de un tejido muy tupido, casi tieso, y virtualmente sin grano, excepto por un nudo ocasional en la trama. En este tipo de lienzo, que parecía un chintz, casi siempre le provocaba pintar. Pero esta vez no lo haría, el lienzo mismo debería expresar de una forma directa que, por esta vez, no sería pintado. El lino no serviría, tendría que recurrir al algodón. A Bernabé no le gustó mucho la idea, y le gustó menos cuando hojeo sus muestras de tela y encontró que la única lona lo suficientemente directa, lo suficientemente blanca y, en breve, lo suficientemente expresiva para su idea era precisamente la que Andrés había escogido para su lienzo virgen. Pero no había nada que hacer, y, reticente, pidió a su proveedor un corte de esta lona. Tras esta decisión inicial, las otras se sucedieron con mayor facilidad. Antes, le había gustado usar el lino por sus connotaciones históricas, y le había gustado aludir —y nunca más que aludir— a los formatos tradicionales de los paisajes, retratos, marinas en pinturas que, excepto por eso, nada tenían que ver con esos géneros obsoletos. Esta vez, sin embargo, debía aludir a todos los géneros. Tenía que evitar la anécdota, debía hacer un lienzo válido por todos los lienzos, aquellos de tradiciones lejanas y superadas, aquellos que él mismo había pintado, y aquellos que nunca pintaría. El único formato capaz de reunir todos los formatos era el cuadrado, ergo, un cuadrado sería. Bernabé, reconciliado con la idea que después del lienzo virgen de Andrés era poco lo que le quedaba por hacer que no fuera ejecutar el suyo propio, se encontró —sin disgusto y aún con un poco de ironía— con el hecho de que su lienzo sería exactamente igual al de su amigo, que había sido un desconsiderado al precederlo en un proyecto que, por ahora, lo absorbía por completo. “Ahora veamos,” dijo Bernabé, “como debo responder a Andrés, le daré un poco de su propia medicina. Dos metros por dos metros, ese es el tamaño”. Al poco tiempo, el lienzo virgen de Bernabé estaba listo. No le produjo enorme placer, pero si le concedió un enorme respiro. “Ah, existo,” se dijo, parado frente al lienzo. “Existo,” repitió, “bien, he aquí mi título”. Y dicho y hecho, escribió Existo al reverso del lienzo, lo firmó y omitió fechar la pintura ya completada.

Andrés vivía de la pintura, no muy bien, pero vivía de ella. Bernabé, en cambio, enseñaba en la Escuela de Bellas Artes. Como profesor era generoso, abierto y bien querido por sus estudiantes. Sobretodo, nunca se cansaba de hablar a sus estudiantes y les proporcionaba cosas en que pensar y, ocasionalmente, proponía una teoría. Pero, en cuanto a su trabajo, era más bien reservado. Ni su crisis reciente, ni la decisión a la que llegó habían sido reveladas a sus estudiantes. Sin haberse recuperado de este terremoto emocional, aún más, un tanto preocupado por sus consecuencias, se le ocurrió un proyecto que no estaba seguro si fuese de naturaleza puramente pedagógica. Pero la idea era atractiva y rápidamente fue irresistible. No veía a Andrés desde aquella tarde que cambió su destino. Lo llamó por teléfono. “Sabes,” dijo “de vez en cuando invito otros artistas para que hablen sobre su trabajo a mis estudiantes. ¿Te importaría venir a la escuela y traer tu último lienzo, el que firmaste sin haber pintado nada, para que puedan constatar con sus propios ojos lo que hablamos?” A Andrés la idea le pareció ridícula, de hecho le avergonzaba un poco, pero de todas formas aceptó. Quería hacerle un favor a su amigo y pensó que podría ser entretenido ver el impacto del lienzo virgen en mentes jóvenes. Él tampoco había hecho nada desde entonces y pasaba horas enteras en su taller en presencia de la Promesa. Estaba básicamente donde había quedado aquella noche, después de desempacar el lienzo. Tal vez la atmósfera refrescante de una charla con futuros artistas le proveería del impulso necesario para continuar pintando. Asistió el día convenido, después de enviar el lienzo a la escuela el día anterior para que pudiera ser montado.

Se sorprendió, y cómo, al llegar y ver no uno sino dos lienzos. Sin decirle, Bernabé, había puesto su Existo junto a Promesa. Andrés entendió rápidamente. Conocía muy bien a su amigo. Riendo, lo palmoteo en el hombro y exclamó, “¿y cómo le pusiste al tuyo?” “Existo”, dijo Bernabé, que supo al decirlo que había dicho demasiado. “Ah,” dijo Andrés, bajando la vista. Hubo un silencio repentino. Pero allí estaban los estudiantes, y la discusión empezó. Bernabé dio una explicación sucinta y franca de lo que había sucedido, agregando que le había parecido interesante no solo hacer un lienzo en blanco, si no hacerlo de la misma manera como lo había hecho Andrés. Recalcó la palabra “interesante”. Andrés asintió y dijo “Si, es interesante.” Ni Andrés ni Bernabé deseaban importunar a los estudiantes con lo que habían sentido, la irreprimible emoción —ciertamente distinta para cada uno— que había hecho posible la producción de cada lienzo. Por lo tanto se limitaron modestamente a discutir criterios formales. Pero los criterios formales no le hacían justicia a las dos obras, era imposible no considerar las intenciones detrás de cada uno de los lienzos. Bernabé nunca ocultó el hecho de que Andrés había sido el primero en producir un lienzo en blanco, y las primeras preguntas se dirigieron a él, no sólo porque los estudiantes se sentían menos

intimidados por su profesor que por un extraño. “¿Para que hacer otra?” fue la pregunta mas frecuente. Bernabé prefería responder a la pregunta “¿Por qué hacer otra exactamente igual?”, resaltando que las dos preguntas se complementaban. No, no estaba copiando, había sido inducido a repetir el gesto de Andrés de la misma manera por una serie de decisiones enteramente coherentes. En lo concerniente al significado del gesto, Bernabé trató de remitir sus estudiantes a Andrés. Él hablaría por ambos. Andrés fue más bien evasivo. Habló en términos muy simples y sin presunción, pero no convenció a los estudiantes. Usó el término “obvio” por lo menos una docena de veces. Todo había sucedido porque era obvio: el lienzo estaba allí, así de simple, y se hizo obvio que no le exigía nada, excepto, tal vez, que le dejara tal como era —obvio. ¿Por qué este tipo de lona?, ¿por qué cuadrado?, ¿por qué el tamaño? Andrés no sabía nada al respecto: el formato y el material habían sido escogidos para otra cosa, y entonces... ¿Para qué habían sido escogidos? Andrés tampoco lo sabía.

Fue una larga discusión en una atmósfera cargada. Todos sentían que algo importante estaba sucediendo, pero nadie sabía que era. Andrés no satisfizo a su audiencia con sus respuestas lacónicas, pero no dejó de impresionarlos. Aunque las largas explicaciones de Bernabé fueron agotadoras, escucharon, como para asegurarse. Andrés interrumpió a Bernabé solo una vez para hacer un chascarrillo. Los estudiantes aprovecharon la oportunidad para relajarse, y reacomodarse en las sillas, todos menos Bernabé. Después de todo, su función en la escuela era la de pedagogo, dijo, y si se había tomado la libertad, por una vez, de hablar como pintor, lo había hecho solamente por el beneficio de sus estudiantes. Andrés pudo ver claramente que Bernabé estaba apunto de sacrificarse en el altar de la pedagogía, pero no se atrevió a decir nada. Otro comentario incisivo hubiera enfurecido a Bernabé. Instintivamente, aunque no conscientemente, los estudiantes percibieron la vulnerabilidad de Bernabé, y algunos reaccionaron. Con la cruel seguridad que imparte la juventud, un muchacho despeinado y rebelde le reclamó “¿Por qué no fechó su lienzo?” Bernabé no tenía respuesta y simplemente dijo que no lo había pensado. Andrés, quien si había fechado su lienzo, recaló que era un asunto sin importancia, pero no pudo evitar que la discusión virara hacia la cuestión del primer lienzo virgen; si este debería ser el único considerado como importante. Bernabé disfrutó esta parte de la discusión: era una buena pregunta, aunque a costa suya. Una muchacha, sin duda media enamorada de su profesor, vino al rescate. Con los ojos fijos en Andrés, explicó apasionadamente que hacer un segundo lienzo era más valiente que hacer el primero, y que él, Andrés, actuó irresponsablemente, en el calor del momento, mientras que Bernabé había hecho un gesto definitivo y deliberado. “Es radical,” dijo, “y además, este título, Promesa, ¿qué significa? ¿promesa de qué? ¿para quién?” Andrés rápidamente convino que el título no era muy

bueno que digamos, y se apresuró a aclarar que había sido el primero que vino a su mente cuando Bernabé le preguntó por el título. Bernabé, presto a evitar la discusión de su título, Existo, desvió la atención de los estudiantes simplemente terminando la clase. En la parte trasera del salón, un muchacho flaco de pelo corto y nariz aguileña, con ojos penetrantes y apariencia amable, había escuchado sin decir una palabra.

La visita de Andrés a la escuela tuvo un efecto extraordinario en toda la clase. Dejó huellas, más o menos, profundas en el trabajo del grupo, como se pudo ver en la entrega de trabajos al final de ese año. Los estudiantes habían trabajado febrilmente, cada cuál tratando inocentemente de esconder, el uno del otro, el secreto de su creación. Ahora todos exhibirían sus trabajos. La muchacha medio enamorada de su profesor presentó no menos de una docena de pinturas, todas cuadradas, todas blancas, todas distintas. Se había dedicado de tal manera a aplicar pintura, que había descubierto un universo en la diferencia entre dos gestos, dos viscosidades, dos marcas de pigmento, aún dos estados de ánimo. Habló con pasión al jurado y prometió dedicar su vida como pintora a la exploración de ese universo. El muchacho despeinado y rebelde había logrado enfurecer al jurado y herido a su profesor, exactamente lo que quería. Había hecho un lienzo gigantesco con un bastidor torcido y desnivelado y la tela más burda y ordinaria. En él había inscrito una fecha con letras tan grandes como un aviso de neón. Era la fecha del día anterior. Bernabé estimaba al muchacho y dejó todo en manos del jurado. Lo que más lo movió no fue el graffiti del joven despeinado y rebelde si no la obra majestuosa —no existía otra palabra— del muchacho flaco de pelo corto y apariencia amable, que ocupaba toda una pared del taller. Consistía de dos lienzos, idénticos, impecables e inmaculados, de dos metros por dos metros. En el espacio entre los dos, como si la obra estuviera ya en un museo, había una tarjeta que decía $A = B$. El jurado debió ser informado de lo que la clase, y Bernabé ante todo, habían entendido inmediatamente: que A era la respuesta al lienzo de Andrés y que B era la respuesta al lienzo de Bernabé. La ecuación resolvió la discusión que habían sostenido tiempo atrás, redujo los esfuerzos de la muchacha seria a una mera preposición académica y la provocación del muchacho rebelde a una pataleta infantil. Sobre todo, consiguió lo imposible traicionando la Promesa de Andrés y reduciendo el Existo de Bernabé a nada. Todo esto de una forma gentil, cuidadosa y sin una gota de agresividad.

Han pasado quince años, los destinos se han aclarado. El muchacho rebelde ha guardado los pinceles y dirige los negocios de su padre. La muchacha seria, es una mujer, joven, pero madurada por la vida. Se debatió entre el arte y un marido, pero se decidió por el arte. Está criando sola a su hijo y, aunque no ha pintado desde hace mucho tiempo, elabora, en cambio, objetos bellos y misteriosos, y está trabajando, como ella misma lo dice en su “femi-

nidad”. El muchacho amable de nariz aguileña ha tenido una carrera perfecta. Siendo todavía joven atrajo gran atención con una exposición en dos partes, que montó en una de las mejores galerías de la ciudad. En una sala, colgó reproducciones en color, ampliadas al doble del tamaño original, de diez famosas pinturas de diez museos importantes del mundo. En la sala opuesta, las mismas pinturas fueron exhibidas al tamaño de una estampilla. En ambas salas cada pintura estaba acompañada por una reproducción —exacta en formato, color y tipografía— de su ficha técnica museal. Desde entonces sus instalaciones han recibido siempre una gran publicidad, cada una se ha dedicado a un aspecto particular y estratégico del mundo del arte moderno. Los críticos escriben mucho sobre su obra, y el año pasado no menos de cuatro de las más prestigiosas revistas de arte le han dedicado sus portadas.

Tres años después del evento del lienzo virgen, Bernabé terminó su vida, discretamente, sin pathos. Fue el final de una carrera artística, según los historiadores, ejemplar. Por mucho tiempo se había abstenido de pintar, y cuando volvió a hacerlo, fue para rehacer un bastidor de dos metros por dos metros idéntico a Existo. Esta vez tensó un lino que pintó íntegramente de negro. Después, decidió reducir, gradualmente, el formato cuadrado de sus lienzos hasta llegar a cinco centímetros por cinco centímetros, agregando, en cada instancia, una capa más de pintura. Recientemente, un importante museo adquirió sus últimas quince pinturas y las colgó en el espacio que se merecen. La última pintura en particular, de cinco centímetros cuadrados, pintada de un negro que representa la quintaesencia del destino, es impresionante.

Andrés está pintando más que nunca, pero sus colores también se han oscurecido. El trágico fin de Bernabé ha surtido efecto. Su relación se había vuelto difícil, y Andrés poco pudo hacer para detener el lento descenso de su amigo en la melancolía. “Mi deuda conmigo es severa,” insistía Bernabé. Discutieron, y se reconciliaron solo para empezar a discutir otra vez. Bernabé había empezado a beber y, cuando acusó públicamente en un vernissage a Andrés de robar su pintura, este tuvo que romper con él. Hasta este día, Andrés se arrepiente haber telefoneado a Bernabé aquella noche para pedirle que viera el lienzo inmaculado que, en respuesta a la pregunta de Bernabé, había llamado Promesa. Todavía tiene el lienzo, aunque preferiría olvidar el título. Fue justo después del encuentro memorable con los estudiantes de Bernabé cuando decidió guardarlo en el taller, en el sitio preciso donde lo había colgado la noche que le reveló su esplendor virginal, y no volver a exponerlo. Todavía está allí. Se ha amarilleado, pero todavía está allí. En los meses siguientes a la muerte de Bernabé, Andrés quiso destruirlo cientos de veces, pero como antes, el lienzo prevaleció. No es necesario creer que los objetos puedan determinar la vida de las personas, si acaso, proveen encrucijadas, y la encrucijada de la permanencia del cuadro, se había presentado. Y

es tanto por la lealtad a la memoria del amigo, como por amor a esta pintura, todavía en estado potencial, que Andrés la conserva supersticiosamente como si, no obstante lo irreparable, fuera la llave a un destino diferente. Por supuesto, Andrés prefiere guardar silencio acerca de su pequeña superstición. El lienzo está en su sitio y permanecerá allí, eso es todo. Es sólo una de esas cosas obvias. No hace más de un mes, cuando un periodista la increpó por la razón de ser de ese lienzo listo para ser pintado, aunque visiblemente dilapidado para tal propósito, Andrés simplemente replicó, “Me permite verificar si lo que estoy haciendo lo estoy haciendo bien.” El periodista cito la declaración, pero Andrés no estaba seguro de que hubiera entendido.

Ayer, un joven curador visitó a Andrés. Había oído de la existencia del lienzo virgen, y quería mostrarlo como parte de una gran exposición que estaba preparando bajo el título Solo el Lienzo. Andrés se negó. El curador estaba sumamente entusiasmado. “Habrán trabajos de Piero Manzoni y Jan Dibbets, Robert Barry, Robert Huot y John Baldessari”, dijo “y también Joseph Kosuth y Claude Rutault, incluso Marcel Broodthaers.” Andrés no quería oír más sobre el asunto. Pero el curador no se rendía. Había investigado y la historia es la historia. “Déjeme contarle acerca de la sala principal,” le dijo a Andrés. “¿Usted sabe de la existencia de Existo, el lienzo virgen de Bernabé? Estoy seguro que sí, pues es la única pieza que casa con esta,” dijo mientras se volvía hacia la Promesa. “Lo he encontrado y creo que es razonable asumir que es el origen de el último gran periodo de Bernabé.” El corazón de Andrés se aceleró, pero ¿qué podía hacer ante tal ardor? “Su trabajo es de gran importancia histórica,” prosiguió el curador, “debe exponerlo. No tiene idea de la influencia que ha tenido,” agregó sin saber que estaba echando sal en las heridas. “¿Recuerda usted el día en que Bernabé lo invitó a mostrar su lienzo en la Escuela de Bellas Artes?” “Que si recuerdo...” contestó Andrés. “¿Recuerda usted al joven que no dijo nada?” “¿Cuál Joven?... No.” “Es él,” dijo el curador y señaló la portada de una revista que acababa de sacar de su maletín. “He encontrado su primera obra, mire.” De su maletín sacó una fotografía del díptico titulado A = B. “También será exhibido: cuatro lienzos idénticos que han hecho historia, esta será la sala principal, el foco de atención. Es obvio que no puede negarse.” Andrés dudó por un instante. Aceptó, pero no dijo que lo hizo aceptar. De hecho era obvio.

Mañana el curador vendrá a recoger el famoso lienzo. “Se llevará una sorpresa,” pensó Andrés sumergiendo sus pinceles en trementina, “pero lo obligaré a prometer que mantenga el secreto. Si no, no le permitiré tenerlo.” Luego se volteó para ver su trabajo. Promesa ya no estaba en la pared. Estaba recostado de cara a una pared. La firma y la fecha, inscritos quince años atrás, todavía visibles en la esquina inferior izquierda. Pero lo que Andrés está mirando, sonriente, no es la firma o la fecha, sino todo el reverso del

lienzo, que ha pintado el día entero sin apuros, sin remordimientos, simple y obviamente. “Ahora desmereces el título pues ya no lo necesitas,” dijo Andrés.

